



ARZOBISPADO DE VALENCIA
Vic. de Evangelización y Transmisión de la Fe
SECRETARIADO DIOCESANO DE ESPIRITUALIDAD
C/ Avellanas, 12 · Tel. 96 315 82 09 · 46003 Valencia

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Santiago Bohigues Fernández
Director Secretariado Espiritualidad

TEXTOS:

“En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. *Ex* 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG169).

“Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual” (EG 171).

ESQUEMA:

1. **Todos estamos llamados a la santidad en una unión plena con Cristo por la perfección de la caridad** – Vocación universal a la santidad:

El sacerdote “pastor de almas” (peligro de funcionario de lo sagrado y activista socio-político).

- Visión profunda de la identidad y ministerio sacerdotal: “imagen viva y transparente de Jesucristo Buen Pastor”.

La pastoral personalizada (peligro de dispersión en las actividades y activismo)

- La acción pastoral de la Iglesia, en el sacerdote, debe llegar a cada uno en particular. Reflejo del amor personal de Dios en Cristo.

2. **En una sociedad de subjetivación del mundo religioso, se necesitan unos verificadores, unos referentes objetivos para crecer en la vida espiritual** - Las edades espirituales del crecimiento en Cristo:

1ª Vía purgativa (incipientes):

Después de iniciarse la vida espiritual propiamente dicha, es decir, la voluntad de seguir a Cristo en el camino del amor, emprendiendo la marcha hacia la santidad, hacia la unión plena con Dios, la persona se encuentra con la propia verdad: el estado de su alma en combate.

Es un cristiano principiante (un niño en Cristo) en el que predomina el “hombre carnal” sobre el “hombre espiritual”. Vive aún más con criterios humanos, y sus movimientos espontáneos proceden más de sí que de la acción del Espíritu Santo, que por otra parte está actuando y trabajando su alma.

La característica de esta etapa es la purificación de la carnalidad. Vive duros combates contra las pasiones y los vicios, y la preocupación está en superar el pecado mortal, mantenerse en gracia de Dios. Experimenta lo costoso y duro del esfuerzo ascético. La vida cristiana se le hace más cumplir unas leyes u obligaciones que vivir la amistad con Cristo (aunque se vive esa relación con Cristo, pero es incipiente, no llega a ser gozosa amistad). Lucha por no caer.

2ª Vía iluminativa (adelantados):

Como fruto de la gracia y del esfuerzo ascético que colabora con ella, el cristiano entra en una etapa nueva, en la que predomina el conocimiento e imitación de Cristo. La atracción del Misterio de Cristo se convierte en lo central.

La lucha contra las pasiones y desórdenes interiores se pacifica por estar el alma más libre y purificada. El combate está puesto en la superación de todo pecado venial, ya se han superado las caídas graves (esto no quiere decir que no pueda darse alguna caída esporádica en pecado mortal, pero son infrecuentes). Se da una cierta libertad sobre los apegos.

Se ha ido realizando una transformación interior que “espiritualiza” al hombre. Los movimientos del alma son más conducidos por el Espíritu, se han asentado las virtudes, y actúan más connaturalmente los dones del Espíritu Santo.

La oración es más contemplativa. De la meditación pasa fácilmente a la contemplación de los Misterios de Cristo en una intimidad mayor y con un gozo interior de la amistad con Él (se entiende como tono de fondo, pues pueden darse, y de hecho se dan, sequedades, oscuridades y tentaciones).

3ª Vía unitiva (perfectos):

El avance progresivo del amor en Dios introduce en la unión perfecta de amor. Suelen preceder grandes purificaciones interiores y sufrimientos que limpian del alma todo lo que no es del Espíritu, llevan a una pureza total interior (“bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” Mt 5,8).

Cristiano espiritual y perfecto, puede llamarse a aquél que, con la gracia de Dios, ha ido hasta el final por el camino de la perfección evangélica. Este se ve habitualmente iluminado y movido por el Espíritu Santo. Cuando piensa siempre en fe y actúa movido siempre por la caridad, es decir, cuando vive cristianamente, obra ya espontáneamente, desde sí mismo, o mejor, desde el Espíritu de Jesús, que ahora experimenta en sí como su principio vital intrínseco. Acrecido el amor de la caridad, quedó ya fuera de él el temor.

Ahora es cuando se ha hecho plena su unión con Dios –fase unitiva–, y cuando sus virtudes son constantemente asistidas y perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo. La unión perfecta de amor que hace vida en Dios (“Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” Gal 2,20).

Vive en la libertad de los hijos de Dios. Libre del mundo y de sí mismo, en una abnegación perfecta que le hace tener su gozo en el cumplimiento fiel del agrado de Dios. Es ahora cuando el cristiano, libre de apegos, de pecados, de filias y de fobias, configurado a Cristo paciente y glorioso, alcanza ante el Padre su plena identidad filial, entra de lleno en la alta contemplación mística y pasiva, y se hace radiante y eficaz en la actividad apostólica.

Observaciones:

Hay aspectos comunes en todas las etapas espirituales que responden a la esencia misma del vivir cristiano. De manera que puede decirse que en la etapa, o edad, siguiente se asume la anterior.

No puede determinarse, muchas veces, cuándo es el momento en el que se pasa de una etapa a otra. Se trata de reconocer los aspectos predominantes para ir viendo el camino que se recorren interiormente.

Los esquemas propuestos deben ser interpretados con gran flexibilidad. Señalan las fases ordinarias del crecimiento espiritual, pero la vida de la gracia está siempre abierta a lo extraordinario, al camino personal y único, a las posibles intervenciones del Espíritu, que «sopla donde quiere» (Jn 3,8). Los mismos maestros que han descrito el crecimiento espiritual en forma sistemática, avisan que no se interpreten sus esquemas en forma rígida.

- 3. La dirección o acompañamiento espiritual es una dedicación de la persona en el itinerario personal de santidad con la ayuda de un “maestro” que me enseña a caminar** - Elementos fundamentales a formar: el corazón cristiano (rebeldía – resignación – aceptación y acogida, permanentemente abierto y entregado, corazón ilimitadamente bueno):

Formación a la *unidad de la vida espiritual* como amistad con Cristo:

Ser de Dios

No ser de sí mismo

Ser para los hermanos

Formación de la *actitud oracional*:

El estado oracional: la unión con Dios en todo

La oración formal: tiempos, modos, métodos

Itinerario pedagógico de la oración: vocal, meditativa, contemplativa.

Principios a inculcar: familiaridad confiada con el Padre en la amistad con Cristo, fidelidad heroica a la oración (un tiempo diario), las luces interiores acogidas, valor en sí de la oración más allá de la

experiencia psicológica, perseverancia en las sequedades y arideces, recogimiento en la oración y fuera de ella (las distracciones), introducir a la oración litúrgica y comunitaria y el fruto que es la prontitud para el servicio de Dios y de los hermanos.

Formación a la *estructura sacramental de la vida cristiana* (Bautismo-Eucaristía-Penitencia):

La importancia de las “mediaciones” en la vida cristiana. El encuentro con Cristo es personal y con la mediación de la Iglesia, mediación jerárquica y sacramental.

Importancia y centralidad de la Eucaristía (Presencia, Sacrificio, Comunión)

Formación de la *abnegación cristiana* y la mortificación:

Concepto evangélico de abnegación: no determinarse por si mismo sino por la voluntad de Dios.

El sentido de la Cruz: valor redentor del sufrimiento.

La mortificación cristiana

El sentido de la penitencia voluntaria.

Formación a la *integración comunitaria y eclesial*:

La vida cristiana es esencialmente eclesial (Bautismo): influjo mutuo de la Iglesia en mi y de mi en la Iglesia. Responsabilidad.

Ser parte del Cuerpo de Cristo. Superación del individualismo.

Importancia de la Comunidad eclesial concretada: familia, parroquia, movimiento, diócesis, Iglesia universal (corazón universal a las dimensiones de Cristo).

El lugar de la *Virgen*:

Vida filial: piedad mariana

La oración a María: formas comunes y tradicionales recomendadas por la Iglesia (el rosario) y formas personales.

María Modelo supremo de santidad (Espejo de la Iglesia)

Formación al *apostolado* – vida de entrega: la *caridad cristiana*:

Desarrollar la sensibilidad de la ayuda mutua en la vida de fe: nos necesitamos unos a otros, me necesitan.

La necesidad de las obras buenas (caridad) y la relativa obligación de hacerlas (estamos llamados a hacer todo el bien que esté a nuestro alcance).

Participación del deseo de Cristo Redentor y de la Misión de la Iglesia.

El trabajo apostólico permanente y la participación en los trabajos apostólicos de la Iglesia en concreto (discernimiento personal según la propia vocación en el Cuerpo Místico).

4. La base de la dirección espiritual es la conversión afectiva.

Presupone en la persona la “*conversión afectiva*”. El cristiano que ha tenido un encuentro personal de amor con Jesucristo Vivo que le alcanza el corazón de tal manera que se siente impulsado para dedicar la vida a ese su Amor, y busca sinceramente conocer su voluntad y cumplirla. Quiere vivir para agradar al Señor. Aquí comienza, propiamente dicha, la vida espiritual, una vida que quiere ser movida por el Espíritu Santo.

Prolonga la acción de Cristo en la Iglesia:

“El ministerio de dirección es aquel por el que la Iglesia confía a uno de sus fieles, dotado de carisma para ello, la misión de educación, que ella ha recibido de Cristo en su función personal-sapiencial para que la ejercite sobre los fieles en su nombre. [...] ... al “maestro” toca principalmente representar y actuar la función materna que la Iglesia tiene de alimentar y cuidar a sus hijos. Jesucristo no quiso que sus discípulos quedasen huérfanos (Jn 14,18). Por eso, nadie debe extrañarse de la solicitud materna de la Iglesia, que se ejercita principalmente a través de la dirección educacional de sus ministros.” (Luis M. Mendizábal, Dirección espiritual, pág. 51)

5. La dirección espiritual se puede definir como toda forma de cultivo interno y sapiencial de la disposición de entrega ilimitada al servicio de Dios para la perfección cristiana.

La naturaleza de la DE que se puede definir como: “toda forma de cultivo interno y sapiencial de la disposición de entrega ilimitada al servicio de Dios para la perfección cristiana” (Cfr. P. Luis M. Mendizábal, DE, pág. 34):

“cultivo”: un conjunto de ayudas diversas que fomentan el crecimiento y disponen para acoger y secundar la gracia de Dios.

“interno”: no se trata sólo de un comportamiento externo (obras), sino de una transformación interior del corazón (actitudes interiores permanentes).

“sapiencial”: indica un aspecto de “sabor”, de “experiencia personal”, del Misterio de Cristo y de la vida cristiana. Se trata de ayudar a asimilar vitalmente los misterios de la fe.

“una disposición de entrega ilimitada”: el fundamento de la vida espiritual está en esta “entrega” a Cristo. Es el misterio del amor verdadero. Es acoger el amor y la entrega de Cristo, y en Él, del Padre en el Espíritu Santo, y “responder” adecuadamente con la propia entrega de amor. Es “ilimitada” en cuanto que es amor que busca darse totalmente, sin poner límite a la unión con Dios, es amar sin límites. Es la orientación a la “santidad”.

“el servicio de Dios”: Se trata de la disponibilidad real a la voluntad de Dios tomando parte en el Misterio de la Redención de Cristo. Todo redimido por Cristo debe ser corredentor con Cristo.

“la perfección cristiana”: correctamente entendida como plenitud de unión vital con el Padre en Cristo por el Espíritu en la comunión de los hermanos. No es un “perfeccionismo” de virtudes que se cultivan (podría hacerlo una persona que buscara coherencia “antropológica”), sino de la “perfección de la caridad”. Llegar al amor perfecto de unión e identificación con Cristo.

6. El auténtico director espiritual debe ser el Espíritu Santo.

El auténtico “director espiritual” debe ser el *Espíritu Santo*. Se trata de “seguir” a Cristo, no a “personas concretas”. Se busca la “*teonomía*” (seguir la norma de Dios), que me dirija Dios. Y la ayuda humana será en tanto en cuanto me lleva a depender realmente de la acción y dirección de Dios:

«... se concluye que la dirección humana es normalmente necesaria como colaboración que entra en los planes de Dios sobre el hombre. Pero es esencial comprender que no es una realidad que termina en sí misma, sino que está al servicio de la dirección del verdadero y único director que es el Espíritu Santo» (P. Luis M. Mendizábal, *DE*, pág. 31)

La *iniciativa* debe partir del “dirigido”. Quien sinceramente busca ayuda para conocer y seguir la inspiración divina en su vida solicita esta ayuda. Cuando hay que insistir mucho en que “tenga director espiritual” suele indicar que aún no se ha dado el encuentro vital con Cristo y/o la respuesta positiva para seguirle. Entonces la atención debe ser de solicitud pastoral, pero no puede darse una verdadera dirección espiritual. (las dos etapas de la vida espiritual: 1ª el director te persigue a ti, 2ª tu persigues al director).

Para elegir bien es necesario la escucha de Dios. Lo ideal es descubrir al director espiritual que Dios quiere para mí (por los signos positivos y el fruto espiritual que veo en mí al tratar al posible director; tengo ir viendo que puede ser él). Es bueno contactos previos que puedan valorarse positivamente antes de decidirse. Incluso se puede pedir consejo a personas de espíritu y prudentes.

7. Características del director y del dirigido.

Cualidades que debe presentar el director:

Madurez humana y equilibrio psicológico y afectivo.

Formación teológica y espiritual suficiente y correcta.

Vida de unión con Dios. Que tenga experiencia de Dios. Ser de Dios. Familiaridad con Dios y vida de oración. No puede guiar quien no sabe el camino.

Un cierto “don de entender el alma”. Saber “leer” el alma. Al menos la del dirigido.

Capacidad de sugerir con sencillez y confianza, y al mismo tiempo con eficacia. Una capacidad de diálogo y escucha que pueda infundir confianza. Tratar con magnanimidad y anchura de corazón.

< Es bueno una cierta “*aprobación*” de la Iglesia: en comunión con las directrices doctrinales y disciplinarias de la Iglesia. En el caso de los “directores” nombrados por el obispo, o las órdenes religiosas, va por el cauce de la obediencia que hace presente al Señor >.

¿Quién puede serlo?:

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

“El Espíritu Santo da a ciertos fieles dones de sabiduría, de fe y de discernimiento dirigidos a este bien común que es la oración (dirección

espiritual). Aquellos y aquellas que han sido dotados de tales dones son verdaderos servidores de la Tradición viva de la oración:

Por eso, el alma que quiere avanzar en la perfección, según el consejo de San Juan de la Cruz, debe “considerar bien entre qué manos se pone porque tal sea el maestro, tal será el discípulo; tal sea el padre, tal será el hijo”. Y añade: “No sólo el director debe ser sabio y prudente sino también experimentado... Si el guía espiritual no tiene experiencia de la vida espiritual, es incapaz de conducir por ella a las almas que Dios en todo caso llama, e incluso no las comprenderá” (Llama estrofa 3). (CEC 2690)

Por tanto, ¿quienes pueden ejercer este servicio espiritual?:

Aquellos que hayan sido instituidos por la autoridad eclesiástica.

Los sacerdotes: por su propio ministerio pastoral (aunque implica a veces un cierto “carisma” personal).

Religiosos/as, o personas consagradas que la institución eclesial aprueba (ej. maestras de novicias, etc.).

Laicos que tengan este “carisma”. El Espíritu Santo puede suscitar y sostener a personas laicas en este carisma de ayuda espiritual. Es bueno un cierto reconocimiento por parte de la Iglesia (no puede darse sin la comunión con la Iglesia jerárquica, aunque no haya una aprobación explícita).

Los grupos o comunidades no pueden pretender “dirigir” a las personas concretas ya que implicaría la eliminación del “fuero interno”. Tampoco hay ninguna garantía de la guía del Espíritu en las indicaciones, pues, como mucho, hacen presente un sentir eclesial común, no el camino personal, que de suyo es único e irrepetible.

Cualidades que debe presentar el dirigido:

El dirigido es ante todo < un fiel cristiano *animado por un impulso interior de entrega ilimitada al servicio de Dios hasta el sacrificio de sí mismo* >; sin este enfoque fundamental no podemos plantear estrictamente la vida espiritual en la vida de una persona.

La *conversión afectiva* se presupone en aquél que pide iniciar una dirección espiritual: la ayuda que se le ofrece no es ya la de *arar* la tierra, sino los cuidados para el crecimiento de la planta que está brotando o ha brotado ya.

El *Hombre animado de espíritu de entrega* no es solamente aquél que no está apegado al pecado sino que tiene prontitud para entregarse ilimitadamente al servicio de Dios: sin reservarse nada, se entrega todo entero a disposición de Dios; sino se da, entonces no tiene lugar la dirección propiamente espiritual, sino, a lo más, la legal o moral. La dirección espiritual en el dirigido tiene que llevar a un incremento de la disposición oblativa y a la superación de las dificultades internas que se oponen a la guía de Dios.

<Cual el maestro, tal el discípulo>; por eso la elección del director por parte del dirigido el de tal trascendencia que se le debe dar el tiempo y la reflexión necesaria para que la realice adecuadamente.

Se puede faltar por ambos extremos en la manifestación de la conciencia: por ser demasiado vago y abstracto de manera totalmente impersonal (peligro más frecuente en el varón) o por descender a detalles nimios, sin importancia para la dirección (peligro más frecuente en la mujer). La consolidación de una *conciencia sana* es garantía y seguridad de que es uno guiado por el Señor: la *seguridad de la buena conciencia*, el *juicio equilibrado de sí mismo* y de sus cosas, la *moderación*.

La ascesis y la mística son necesarias para el dirigido. Los sacrificios en la vida cristiana son necesarios en función de lo que se aspira alcanzar; o se va haciendo uno sordo a la voz de Dios o se va estableciendo en el espíritu una apertura hacia Dios que le dará a la persona una seguridad seria y pacífica de proceder en la voluntad de Dios.

Uno de los grandes secretos del progreso espiritual consiste en *reconocer y seguir fielmente las mociones divinas*. Pero estas mociones chocan muchas veces con el amor propio y las pasiones humanas. Por eso, las mociones de Dios implican frecuentemente exigencia de sacrificios. Quien no se decide a abrazar los sacrificios impuestos por las exigencias de la gracia, cae fácilmente en la mediocridad.

La inquietud que debe tener el dirigido para interiorizar progresivamente el misterio de Cristo en su vida, con la ayuda del director espiritual, es la siguiente: “*La pregunta que se debe hacer al director y cuya respuesta justamente se le puede exigir, o inmediata o mediata, es ésta: <¿Voy bien? ¿Qué debo hacer para agradar más al Señor?>*”.

Una señal de auténtico progreso espiritual es acoger los propios defectos - sinceramente detestados en lo que tienen de ofensa a Dios- con humildad y hasta con alegría: arrepentimiento sereno, *discreción* para no impedir engañosamente la guía del Espíritu Santo [...]: “A veces, Dios permite en ellos [los principiantes] caídas algo notables para que la compunción y humildad construyan lo que destruyó la presunción y vanidad, vicio frecuente, en su grado, en los principiantes demasiado fervorosos”.

En la vida espiritual del que se inicia en la maduración hacia la perfección cristiana, se pueden encontrar dos extremos en la actitud con que el cristiano vive su vida *sacramental*: “La tendencia que fácilmente suele aparecer en el fervor inicial suele consistir en una *confianza excesiva en los medios ejercitativos o sacramentales* en sí mismos; una especie de pelagianismo espiritual o semipelagianismo... Suele aparecer luego en el transcurso del camino espiritual, como fruto de desengaños personales, una *tendencia a confiar en la gracia*, pero a veces con un matiz sospechoso. Es cansancio, desilusión, abandono. Un cierto *quietismo* o confianza luterana, con abandono, frecuentemente, de toda actividad ordenada. Se considera obra de la gracia, para la que es inútil el esfuerzo humano”.

El que se inicia a la vida interior también puede caer en su comportamiento cristiano en una cierta superficialidad o artificialidad, faltando a la integración de toda su vida: “También aparece el peligro de que tanto al ejercicio espiritual

como a la participación sacramental les falte integración en la vida, estén dominados por un tono de ejercicio táctico calculado, con un cierto sentido de superficialidad y marginación de la vida [...] el director ha de esforzarse por sugerir continuamente al dirigido que toda su actividad ejercitativa y sacramental la realice *en espíritu, cordialmente y con totalidad*".

8. Los objetivos que se buscan en la dirección.

San Pablo hace una síntesis de lo que desea para los fieles en forma de oración. Es un don de Dios esa "plenitud" (santidad) que debe alcanzar el cristiano:

"Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios. Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos, con ese poder que actúa entre nosotros; a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones de los siglos de los siglos. Amén." (Ef 3,14-21)

Contenidos que deben ir dándose (no se trata de llevar un orden académico de la vida espiritual, pocas veces se ajusta a ello el alma y el Espíritu):

La forma fundamental ha de ser el *amor a Cristo* (la unidad de la vida espiritual): cultivar la amistad con Cristo en la relación con Él, conocimiento y seguimiento personal. La vida espiritual se condensa en : "Ser de Dios" (vida de unión), "No de si mismo" (abnegación), "Ser para los demás" (caridad-servicio)

Formar el "corazón cristiano": la dirección lleva consigo la ayuda para formar en el dirigido un "corazón cristiano", el corazón nuevo guiado y transformado por el Espíritu Santo. Es necesario ir formando las distintas actitudes evangélicas, fruto siempre de la acción de la gracia y la colaboración diligente por nuestra parte:

Formación de la *actitud oracional*: enseñar a orar. Itinerario pedagógico de la oración. Sus tiempos y modos. Oración litúrgica, etc.

Formación de la estructura *sacramental* de la vida cristiana: vivencia bautismal, centralidad vital de la Eucaristía, el sacramento del Perdón como experiencia de misericordia.

Formar la *abnegación cristiana*: la renuncia de si mismo para acoger el agrado de Dios. El sentido y valor auténtico de la mortificación y la penitencia.

Formar la integración comunitaria y *eclesial*: vivencia del Misterio del Cuerpo de Cristo en su Iglesia. Sentir con la Iglesia. Relaciones fraternas.

El mundo de la comunión de los santos: Comunicación de los bienes espirituales. Relación con la *Virgen María*, Madre de la vida espiritual, y con los santos. Imitación y ayuda.

Formación del compromiso *apostólico*: personal y eclesial. El crecimiento del “celo” apostólico que debe darse según la forma adecuada a la propia vocación y misión en la Iglesia.

El seguimiento de Cristo: Se trata de introducir al seguimiento concreto de Cristo Vivo y Resucitado que ahora me invita a seguirle. Es la búsqueda sincera de la voluntad de Dios en Cristo: “Qué quiere de mí Cristo, aquí y ahora”. Esto supone dos aspectos:

1º La superación de los obstáculos: el *combate espiritual* (la dualidad de la “carne” y el “espíritu” en sentido paulino). Y por lo tanto la lucha contra las tentaciones y engaños del demonio.

2º *El discernimiento espiritual*: enseñar las reglas del discernimiento espiritual para assimilarlas y actuarlas personalmente. El dirigido debe ir aprendiendo a manejarse en el campo de las “mociones” espirituales (reconociendo el “mal espíritu” para rechazarlo y el “buen espíritu” para secundarlo). De manera que adquiera capacidad de conocer la voluntad de Dios para cumplirla. Es lo que San Pablo llama “sabiduría e inteligencia espiritual”:

“Por eso también nosotros, desde que nos enteramos, no dejamos de orar por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esa manera vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, fortalecidos plenamente según el poder de su gloria para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz.” (Col 1,9-12)

< Determinar la fisonomía espiritual de cada uno. Ver el camino espiritual propio. Aquí entra el *discernimiento vocacional* (el lugar propio que el Señor me asigna en la Iglesia, como unión con Él y como colaboración en su obra redentora) >.

< *El director como médico del corazón*: la vida espiritual bien vivida es sanante y equilibrante. Hay una ayuda directa en las “enfermedades espirituales” que afectan al desarrollo de la vida espiritual (mediocridad, tibieza, perplejidades, escrúpulos, etc.). Y una ayuda indirecta en la formación humana y en la madurez afectiva. En caso de la necesidad de una ayuda más especializada en el campo psicológico es conveniente acudir al profesional adecuado, psicólogo o psiquiatra, no sustituirlo >.

9. La entrevista direccional.

En el comienzo:

Se puede llegar paulatinamente a establecer la dirección después de un tiempo de ayuda pastoral personalizada en la que crecen los signos positivos de la acción de Dios (por los frutos que va dejando el encuentro pastoral). Comienza cuando hay garantías de confianza y buena dirección. Es conveniente que haya conciencia clara de que se da esa dirección espiritual para evitar ambigüedades y ayudar a la firmeza y fidelidad en mantenerla.

La *frecuencia* es variable según el estado del dirigido y las circunstancias o problemática concreta: en los comienzos es bueno que sea más frecuente; y con el crecimiento personal y la madurez espiritual de la “teonomía” se pueden ir distanciando más las entrevistas.

El *clima* humano de la entrevista debe ser de confianza, sencillez y apertura. Un auténtico encuentro personal de corazón. Ir venciendo poco a poco los recelos y desconfianzas. Sin forzar nada, ni exigir. Es un clima de auténtico amor evangélico.

¿De qué se tiene que hablar en una entrevista de dirección espiritual? ¿Qué presenta el dirigido al director para que pueda ayudarle? En principio “de todo” se puede hablar, pero es bueno acotar los temas para aprovechar mejor y no perder el tiempo con lo que no es necesario. Es claro que no es una confesión, es decir, que no interesan tanto los pecados como las dificultades que se presentan en el camino espiritual de santidad (se pueden indicar pecados en cuanto afectan a ese camino). Por eso es bueno preparar la entrevista. San Claudio de la Colombière, en una carta, le indica a su hermana religiosa cómo debe dar cuenta de “su interior”:

“No podría ahora trazarte el método para dar cuenta de tu interior, lo haré en la primera ocasión; no es cosa difícil. No tienes sino leer tu regla en ese punto y luego decir con sencillez lo que hay en ti, tal como me lo dirías a mí, excepto los pecados. Basta decir las malas inclinaciones, las tentaciones y las penas interiores, los buenos deseos, el cuidado que se tiene de mortificarse, de perfeccionarse, o la negligencia en hacerlo. Se podrían decir también las faltas que se han cometido, aunque no hay ninguna obligación; pero hay que acostumbrarse a no limitarse a sólo lo obligatorio. El amor de Dios está muy lejos de contentarse con tan poca cosa, pues nada le puede contentar.” (Carta VI, Escritos espirituales, pág. 137, Formato W)

En la conversación:

Por parte del director:

La escucha y acogida cordial, sin dejarse llevar por las primeras impresiones, escucha del Espíritu que habla en el alma del dirigido.

Por parte del dirigido:

Preparar la entrevista para centrar en lo que se busca y no perder tiempo (ni hacerlo perder)

Transparencia y sinceridad. En espíritu de fe: El Señor actúa.

Evitar caer en ser demasiado vago y abstracto, y tampoco descender a detalles sin importancia.

Recordar la marcha general, los puntos concretos que preocupan y los elementos que se están trabajando en concreto.

Presentar hechos y juicios en concreto, no importan tanto las impresiones. No darlo ya discernido. Abrirse a una interpretación nueva en la luz que el Señor pueda dar.

Manifestar con palabras exteriores la noción que uno tiene de sí tal como se manifieste en sus obras. Y cómo esas obras proceden del interior: motivaciones, sentimientos, disposiciones.

Acogida prudente del consejo. Es una indicación que puede llevarse a la práctica y que se verá más adelante si ha sido conveniente o no, viendo los frutos que se siguen, y que deben ser presentados al director.

Ir consolidando la salud y rectitud de conciencia. Aprender a asimilar el juicio de Dios sobre las cosas. Los criterios evangélicos que deben impregnar la vida.

Como ayuda práctica: llevar unos apuntes de vida espiritual donde se van anotando luces, consejos, etc. y que pueden revisarse periódicamente.

10. Peligros que pueden darse en la dirección espiritual.

Falta de constancia. Pueden aparecer dificultades que enturbian la dirección (en el dirigido o en el director, o en la entrevista, etc.). Es importante tratar de resolverlas sinceramente con la ayuda de la gracia de Dios antes de abandonar la dirección.

El *miedo* a la exigencia de santidad. La entrega va siendo exigente, el Señor lo quiere todo, es llamada a la santidad. Dejarse ayudar con la confianza en la gracia. El crecimiento en el amor vence los miedos.

Bloqueos ante determinados puntos vitalmente no aceptados. Puede que se toquen elementos “traumáticos” de la persona. Es importante usar de suavidad, amor paciente y comprensivo, dando tiempo a la acción sanadora del Señor.

Sentimentalismos: Dejarse llevar por los sentimientos en lugar de la fe. Es parte de la necesidad de la madurez cristiana: la vida cristiana es vida de fe. Alentar en las oscuridades y sequedades. Fiarse mucho del director en las noches.

Apegos afectivos: es frecuente que se den apegos afectivos por ser una relación de verdadero amor personal. Hay que madurar la vida afectiva en la misma dirección espiritual conduciendo al afecto de Jesucristo.

Valencia, 30 de mayo 2018